

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NUMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.	Un mes. 1 peseta
	Trimestre. 2,50
	Año. 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un Trimestre. 3 pesetas
	Semestre. 6
	Año. 12

PIROPOS

Supónganse nuestros lectores, que en un artículo de un periódico republicano hubiese aparecido un día un párrafo en que, ocupándose de los jueces municipales, se hubiese dicho lo siguiente:

«Rudos, indoctos, políticos menudos de profesión, como recurso para escalar los puestos, sin noción de la justicia ni conocimiento de sus deberes, los jueces municipales son un escollo para la tranquilidad social de los pueblos y motivo más que suficiente para hacer aborrecible entre la gente sensata la función de la justicia.»

A buen seguro que el párrafo en cuestión hubiese valido una denuncia al periódico que lo publicara, y quizás una celda de la cárcel al periodista su autor.

Pues bien, dicho párrafo, tal como arriba al pie de la letra reproducimos, pertenece a la memoria del Fiscal del Tribunal Supremo Sr. Puga, leída en el momento solemne de la apertura de los tribunales.

Como se ve, este elevado funcionario de la administración de justicia, no puede tratar con más dureza y acritud a los jueces municipales, y en tesis general, sin hacer excepción alguna, como también se ha visto.

No sabemos qué responderán en su interior los aludidos a acusaciones tan tremendas como se les dirigen. Muchos de ellos, es muy posible que piensen que por lo que a ellos respecta, tiene razón, y razón que le sobra, el señor Fiscal del Supremo; pero protestando a su vez de la desigualdad y la injusticia, de no hacer extensivas a otras funcionarios de mayor categoría las crueldades que a ellos se dedican.

Porque nosotros, que sin ser jueces municipales, sabemos cómo muchos de ellos constituyen verdaderas calamidades, y los vemos fotografiados en las frases del Sr. Puga, opinamos también que quizás en otras más altas esferas de la administración de justicia, pudieran encontrarse vicios análogos a los que se delatan de sus más modestos funcionarios.

De todos modos, bueno es que los hombres de régimen imperante vayan dando a conocer al país los vicios y las corruptelas de sus organismos, y que un día el Sr. Silveira diga que la conducta del gobierno constituye una vergüenza nacional y otro día el Fiscal del más alto tribunal de justicia de la nación emplee los más denigrantes epítetos para calificar a los encargados de administrarla.

De este modo, encargándose ellos mismos de sacar a la superficie toda la escoria, toda la podredumbre, todo lo que mancha a los republicanos, no nos quedará que hacer otra cosa que barrerlo y desinfectar después la atmósfera de los miasmas que la envenenan.

YA ERA TIEMPO

Después de haberse sucedido en el poder multitud de ministros que han sostenido un verdadero pugilato en la realización de torpezas, demasías y otras cosas que afectan directamente a la moralidad administrativa, el país pudo al fin lanzar una exclamación de júbilo. Ya tenemos gobernantes virtuosos, amantes de la patria, dotados de sentido práctico, de iniciativas y energías.

Merced a las acertadas gestiones del insigne D. Antonio la guerra de Cuba toca a su término; la nivelación de los presupuestos es un hecho que nadie pone ya en tela de

juicio; el sistema de tributación no perjudica a los pequeños propietarios; la lista civil ha quedado reducida a la décima parte; las cargas de justicia desaparecieron; el presupuesto del clero ha sido objeto de una rebaja importante; el caciquismo se revuelve en las convulsiones de la agonía; la renta figura con su contingente en los impuestos; todos los funcionarios públicos son modelos de probidad; el monopolio no llena las arcas de ciertas empresas; contamos con una marina numerosa, cuyos barcos de sólida construcción han sido pagados con equidad; las Compañías ferroviarias se han quedado sin los millones con que contaban; los tribunales de Justicia han sacudido la vergonzosa tutela de los ministros; los chanchullos, los fraudes y las prevaricaciones son duramente castigadas; la instrucción pública es atendida con preferencia a todo; respiran auras de libertad; el orden social reina, y todos los estragos de riqueza se desarrollan.

¡Que la bendición de Dios caiga sobre la cabeza de don Antonio Cánovas del Castillo! ¡Gloria al partido conservador por haber cortado los vuelos a la emigración, é iniciado una era de prosperidad y bienandanza!

El patriotismo de la Trasatlántica

Una de las farsas más repugnantes, una de las burlas más inicuas, de cuantas farsas y burlas viene siendo víctima este desventurado país, la constituyen los hiperbólicos ditirambos que un día y otro oímos y leemos, en loor del magnánimo, del generoso, del desinteresado y sublime patriotismo de la egregia Compañía Trasatlántica y del esclarecido marqués de Comillas.

Una parte de la prensa, cumpliendo un altísimo deber para con el país, para con la justicia y la verdad, ocupase en la honrada tarea de desenmascarar a tal Compañía y tal marqués, probando con la irrefutable lógica de los hechos y la irresistible elocuencia de los números, que no es su patriotismo sino disfraz hipócrita que encubre su interés, su egoísmo y su miserable explotación de las desdichas nacionales, un mercachiflo.

Recientemente el *Heraldo de Madrid* ha dado cuenta de una visita hecha al *Nuestra Señora de Guadalupe*, el mayor de los vapores que hoy tiene la poderosa Compañía, construido hace seis años para el transporte de ganados de cerda y vacuno, y destinado hoy al de los soldados que marchan a Cuba a pelear por la honra y la integridad de esta gloriosa patria española.

Lean, lean nuestros lectores, como describe el popular diario madrileño, las condiciones en que la cristianísima compañía del cristianísimo marqués, conduce a sus hermanos en Cristo, los bravos defensores de la patria.

—En mi paseo de inspección llegué hasta la sentina ó bodega del barco, camarote general de los soldados.

Allí había un calor asfixiante.

Parecía aquello un cuadro real que se hubiese copiado de alguna genial y maravillosa descripción de Emilio Zola.

Con piés derechos y traveseños de madera, se habían construido jaulas—tal parecían—de tres pisos cada una.

Estas literas tenían por colchón una lona sujeta por los extremos al armazón de madera.

En ella dormían los soldados desnudos, sin nada que los

tapase, porque el calor ahogaba, y en actitudes tan raras, que por un momento me detuve en la escalera sin acabar de descender, por la impresión violenta que me causó la vista de aquel espectáculo, impresión parecida a la que sentiría el que sin presumirlo se encontrase de improviso ante la sala ó depósito de cadáveres de un hospital.

A su vez *La Voz de Guipúzcoa*, ocupándose del mal trato que se da en los buques de la Trasatlántica a los soldados que van ó vienen de Cuba, dice así:

«Venían en el *Santo Domingo* soldados inútiles y enfermos, y sin tener en cuenta que aquellos infelices acababan de salir de los hospitales, en el trasatlántico se les daba dos ranchos diarios, compuestos de garbanzos y fideos, sin carne ni tocino; pero tan mal condimentados, que, según dicen algunos soldados, ni los perros podrían comerlos.

De resultados de esta deficiente é insana alimentación, los que venían buenos relativamente se pusieron enfermos, y los enfermos empeoraron.»

No necesita comentarios esta descripción horrible.

Añádase a ello que por el transporte, en tan inhumanas condiciones verificado, de cada soldado, el Estado español paga a la Compañía Trasatlántica ciento sesenta pesetas y dígasenos si no hay motivos para que las olas de indignación como hombres y como cristianos, de vergüenza como españoles, suban al rostro y el pregón de justicia que proclame la hipocresía artera y el sórdido egoísmo de esa sociedad, se lance a todos los vientos por el doble vehículo de la prensa y de la opinión.

Este es el patriotismo, este el cristianismo, esta es la humanidad de la Trasatlántica y de Comillas.

En nombre de Cristo, en nombre de la patria, en nombre de la humanidad, hay que protestar enérgicamente contra conducta semejante, que ofende todos los sentimientos nobles y todos los pensamientos elevados de los hombres de buena voluntad y de generoso espíritu.

Estas son las sociedades, a las que dispensan su protección sin límites, a costa del dinero y de la sangre del país, estos gobiernos restauradores que padecemos.

Estas son las sociedades, a las que los gobiernos republicanos harán sentir el peso de su justicia, el día que la República se instaure, que será el inmediato al en que los republicanos tengan suficiente amor a sus ideales, para mostrarse a la altura de las circunstancias y a la altura de su deber.

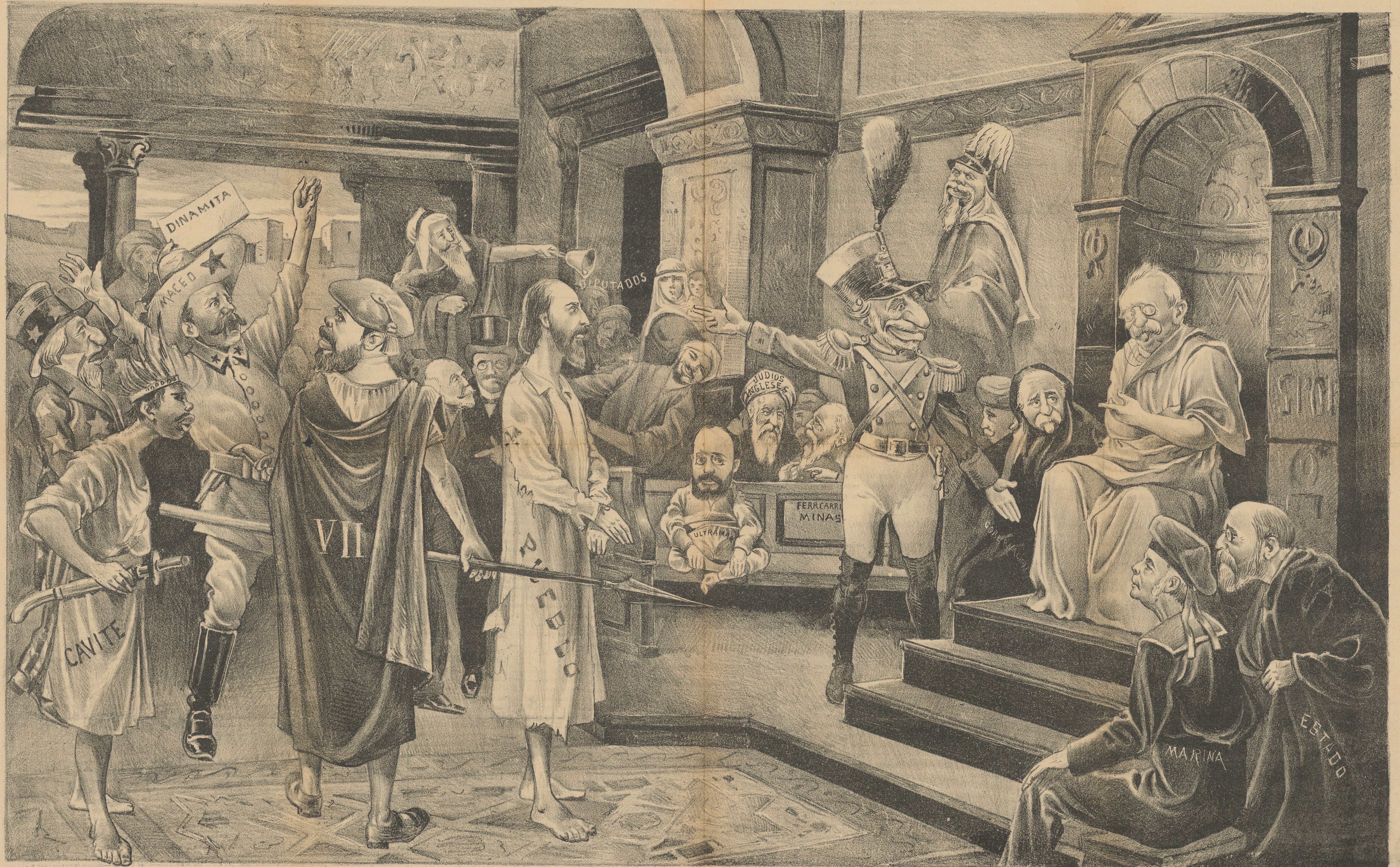
F. B. M.

PASO A LOS SEXTERCIOS!

Así exclama Juvénal, en una de sus más hermosas sátiras: «¡Paso a los sextercios! ¿No es dos veces santa para nosotros, la majestad de las riquezas? ¡Solo nos falta ¡oh funesta Pecunia, hacerte habitar un templo y erigir altares al dinero, como a la Paz, a la Victoria, a la buena fe, a la Virtud y a la Concordia!»

Han transcurrido los siglos y... estamos precisamente como en aquella época memorable de la decadencia romana: los sextercios—ó las pesetas—siguen imponiéndose y el *Ré de l'or* continúa siendo el amo en toda la superficie de la tierra.

DON QUIJOTE



ENTRE HERODES Y PILATOS
Parodia del célebre cuadro de Munchkassy, *Cristo ante Pilatos*.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

Ayuntamiento de Madrid

(FRAGMENTOS)

Arquimedes pedía una palanca y un punto de apoyo fuera del globo, para moverlo á su voluntad.

Yo necesito tanto: dadme dinero, y veréis si transformo á mi capricho el mapa, si á mi antojo fando imperios y dinastías, si mi voluntad se impone á los débiles y á los fuertes; si el mundo me erige templos y me levanta estatuas como las tuvo en Grecia por hermoso, un rodio de cuyo nombre no me acuerdo en este instante.

¡El dinero!

El elevó á César á la suprema magistratura y transformó en la Roma monumental de Augusto, la vieja ciudad de Rómulo, derramando como asolador torrente las legiones invictas por las Galias y la Germania, por el Egipto y por la Grecia.

El puso en los mares aquella flota memorable compuesta de seis mil navíos, que debía destruir á los eolios.

E, mientras que Alejandro se encamina al desierto para visitar el templo de Júpiter, construye como por encanto la rival de Tiro que se derrumba y de Cartago que se levanta; la ciudad fantástica que surgió del lago Mareotis tan completa como Minerva de la cabeza del padre de los dioses.

El llenó de maravillas el templo de Salomón, de misterios las Pirámides de leones del Atlas, de cocodrilos del Nilo, de gladiadores y de víctimas del Coliseo...

El, después de haberla alzado hasta las nubes, hundió luego en el polvo sumiéndola en abyección degradante, la nación que inmortalizaron Pompeyo y Sicipion con sus victorias, Cicerón y Séneca con su sabiduría, Nerón y Caligula con sus crueldades.

El lanzó á las soledades del Océano las naves de Colón, perdió á Cortés y á Pizarro, dió á Carlos V el título de Cesar y legó á la posteridad en caracteres de piedra, el recuerdo de la soberbia, del misticismo y de la grandeza de aquel monarca que se llamó Felipe II de España.

Por él la esposa del rey godo olvida en brazos del árabe las tristezas de Guadalete; Sevilla se entrega á Cesar y Cleopatra se rinde á Antonio, bajo la sombra del *lotus* sagrado, en la estancia de los Faraones que perfuman los balsámicos penúfares.

El realiza en nuestro siglo la unión instantánea del nuevo y del viejo mundo, perfora el granito de los Alpes, cambia el curso de los ríos, pone frenos al mar tempestuoso, anula las distancias, encadena el rayo y más que le encadena lo avasalla y lo convierte en luz, en calor, en movimiento y vida, de las modernas sociedades.

El prepara las revoluciones, interviene en los sufragios, elige los monarcas y forma el lazo de unión de las naciones y de los pueblos, de los partidos y de los hombres.

El dá humores, prestigio, influencia, poder, amor ¡hasta felicidad!

El es el barómetro exacto de la conciencia, el inspirador invisible del pensamiento, el fósforo que robustece el cerebro y la sangre que al corazón afluye.

El es para el hombre, aspiración constante, deseo insaciable, motor continuo, ¡ideal eterno...

¿Creéis que exagero?

Habrà quien me replique que el genio, la fe, el valor, la perseverancia, el patriotismo, el amor, la pasión, son los únicos móviles de los hechos que he citado.

«Si Claudio Frollo hiciese oro, el rey de Francia no se llamaría Luis oncenno»—ha escrito Victor Hugo.

Concedo que la voluntad, el genio ó la fe, sean á veces la cabeza que dirige; pero el oro es siempre el brazo que ejecuta.

¿No vemos la prueba palpable, á cada paso?

¿Que son, que significan, que valen, el sabio, el honrado el virtuoso y el pobre?

Lo menos que se les llama, es desgraciados: lo más que se les concede, es compasión ó indiferencia.

Frente á los que na la valen porque nada tienen, la sociedad coloca á una infinidad de...—diré de hombres—que aun siendo la negación de todo lo noble, de todo lo digno, de todo lo hidalgo, hasta de todo lo cristiano, valen mucho, muchísimo, porque poseen el oro por millones y los millones por docenas.

Así ocurre que la justicia se rinda al mejor postor, á que la virtud se rinda al que más da; que todo menos el dinero, encaje perfectamente dentro de los convencionalismos de esta época, la más inmoral y la más hipócrita de cuantas registra la historia.

¿A qué citar ejemplos?

¡Cuántas bandas y cuántas plazas ocupan avergonzadas el lugar de la cadena y del grillete!

¡Cuántos y cuántos potentados pudieran repetir hoy con el libertino que Juvenal retrata en su *Sátira primera*: «Vaciélate por mal entendida vergüenza en defenderte? He nacido á orillas del Eufrates ¿á qué negarlo? Mis gujoreas das orejas lo atestiguan; pero en *Las cinco tiendas*, gano al año cuatrocientos mil sextercios. ¿Ofrece algo más envidiable que eso la púrpura de los senadores? ¡Yo soy más rico que Palas y que Licinio! ¿Que esperen los Tribunales! ¿Que aguarden los sabios! ¡Esclavos, paso á los sextercios!»

Nicolás Muñoz Cerisola.

No combatas España, y lentamente las horas pasan y tu infamia anotan; tus señores te explotan, y ¡ay de aquel que por tí con ellos lidia! que eres Roma que incienso á sus Nerones; y habiendo sido su terror y envidia, eres mofa y vergüenza á las naciones.

Duerme en tu infancia, pues; más no, la esclava no reposa; trabaja, y si se duerme, el látigo del amo la desvela; ya sabes tu tarea, que cual tela de la antigua Penélope no acaba; es preciso llenar de plata y oro el moderno tonel de las Danaides que se apellida *Público Tesoro*; es fuerza que la ténia del Estado, más grande cada día, se alimente; hoy con hambre mayor se ha despertado.

¡Dadla más, dadla más!... No es que hoy se intente poblar de nuevas naves

el mar, que ya en remotas

edades nuestros fué... Nos contentamos

con recordar nuestras perdidas flotas.

No es que fundar queramos

refugios para el pobre;

(si acaso, acaso *Parque de los ciervos*)

el pobre es carne muerta, echadla á cuervos;

porque ¿quién intentará al mar salobre

cerrar en breve pila?

Si á todo desvalido se atendiera,

habría que atender á España entera.

¡Trabajad, trabajad! Vuestro trabajo, aunque habéis renunciado al pan y al sueño, ¿no dá cuanto reclama vuestro sueño?

Vended, vended lo poco que ya os quede:

de vuestro padre la valiente espada

que vuestra mano levantar no puede;

la tumba de la madre idolatrada,

vuestros queridos hijos... y la esposa

castísima, y la virgen pudorosa

hagan mesa de fonda de su lecho;

vendan honor, cariño...

y hasta la última gota de su pecho

que pide en vano el moribundo niño.

¡Vended, vended! Los cortesanos piden,

piden las cortesanas, los espías,

los acreedores; ¿qué se yo? ¡Es preciso

tantas simas llenar que no se miden

y que son tan sombrías!

¡Vended pronto, vended! Si no es bastante,

despojad por la noche al caminante,

que aunque os pene la ley por robar poco,

pena impone más dura

por no poder pagar la dictadura.

Vended, robad... ¡Pagad!... ¡Oh patria, oh patria!

¡Que en tan profunda sima hayas caído!

¡Basta ya de vergüenza y de gemido!

¡Despiértate y levanta! ¡Hurra! ¡A la guerra!

¡Que la asombrada tierra

que ve la afrenta la venganza tiemble!

Mira la cuna de tus hijos; mira

las sombras de los mártires caídas

que te hablan con los ojos aunque mudas.

¿Para cuándo las manos y la ira?

¡Ni arnés ni escudo, sino espada y lanza!

Sonando está el clarín; dentro del pecho

el corazón palpita de esperanza.

¡Proteja Dios la causa del derecho!

¡Viva la libertad! ¡Guerra y venganza!

Carlos Rubio.

LANZADAS

El Sr. Cánovas ha dicho que la crisis se impone porque hay varios ministros que están cansados.

Cansados ¿de qué?

¿De arruinar al país?

Al otro lado del Ebro hay una virgen muy bella, y en Madrid hay un baturro que no presenta las cuentas.

El Ayuntamiento de Alicante ha acordado por unanimidad que debe hacerse capitán general al Sr. Azcárraga por sus grandes méritos organizando el ejército de Cuba.

Conformes.

Y al Sr. Beránger debe hacersele almirante.

Y al duque de Tetuán *Maquiavelo*.

Tengo un loro tan guasón, que en vez de entregarse al ocio, siempre está con la canción:

¡Negocio!

Vino Batier, ese socio, de Rothschild, y el muy bribón gritó al punto con tesón:

¡Negocio!

El Ayuntamiento del Ferrol solicita que las calderas del *Pelayo* sean cambiadas en aquel arsenal.

Pero como si no.

El ministro de Marina, protector ante todo de la industria nacional, ha ordenado que el cambio se haga en los astilleros de Tolón.

No vaya á ser que los armadores franceses se incomoden porque hemos repartido la construcción de la escuadra entre las casas Astrong y Ansaldó.

También Roloff, el ministro de la Guerra de la estrella solitaria, ha sido preso en Nueva York por violar las leyes de neutralidad y puesto en libertad inmediatamente.

Y á todo esto, D. Antonio sin encontrar la ocasión de saltar por encima de todo.

Al Sr. Montero Ríos le han ofrecido una ovación sus paisanos por no dejar pasar el arriendo de la sal.

Y por dejar pasar lo de los ferrocarriles ¿cuándo vamos á ovacionarle todos los españoles?

Bendita sea la cárcel donde pena León Vega, por pedir que se castigue á los que en hombres comercian.

Nuestro bien amado D. Práxedes ha regresado á sus patrios lares.

Sus amigos, según *El Globo*, le han hecho en la estación un entusiasta recibimiento.

Pero á pesar de todo D. Práxedes no se encuentra satisfecho.

El pobrecito no puede apartar de su corazón el terrible remordimiento de no haber venido á la corte á dar su voto á favor del proyecto de auxilios á las empresas ferroviarias.

Ni Cánovas ni Sagasta, ni Silvela ni Pidal, son monárquicos tan puros como Emilio Castelar.

A pesar de cuanto nos había dicho el gobierno, ahora resulta que la insurrección de Filipinas no ha terminado ni mucho menos.

Vamos, en el Archipiélago está dando el Sr. Cánovas la segunda representación de los *infundios* de Cuba.

Sr. Duque de Tetuán ¿quién actúa en este de Mr. Taylor?

El lunes publicó la *Gaceta* la ley de concesión de prórroga á los ferrocarriles.

Y ¡oh singular coincidencia!

El lunes por la tarde regresó á Madrid el Sr. Sagasta.

Nuestro representante en la isla de Cuba, D. E. Adeodaty Gómez, nos remite la siguiente lista de corresponsales—¡mal fuego en ellos!—que no se dignan abonarle las cantidades que le adeudan.

He aquí los nombres de esos aprovechados *caballeros*:

D. Domingo Vigués, director de *El Pueblo*, de la Habana, como fiador de D. Anastasio Montes.

D. José Cadenas, bombero de la Habana.

D. Arsenio Bárcena, de Matanzas.

D. Braulio C. Incencio, San Juan, 13, en Manzanillo.

D. José Olivillas, Puerto Padre.

(Se continuará.)

IMPRESA DE DIEGO PACHECO LATORRE